

La única forma de sobrevivir...

era elegir la muerte

LOS CAMINANTES AETERNUM

CARLOS SISÍ

minotauro

CARLOS SISÍ

La única forma de sobrevivir... **era muriendo**

LOS CAMINANTES AETERNUM

minotauro

Primera edición: octubre de 2014

© Carlos Sisí, 2014

© Editorial Planeta, S. A., 2014

Avda. Diagonal, 662-664, 7.ª planta. 08034 Barcelona

www.edicionesminotauro.com

www.planetadelibros.com

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-450-0217-9

Depósito legal: B. 19.390-2014

Fotocomposición: Víctor Igual, S. L.

Impresión: Huertas Industrias Gráficas, S. A.

Impreso en España

Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

ÍNDICE DE CAPÍTULOS

Prefacio (del autor)	9
1. El Nuevo Mundo	11
2. El hombre y el chaval	38
3. La teoría de Aranda	48
4. El Lambert.	58
5. Dozer. La cuadrilla veintitrés.	64
6. La sentencia.	77
7. Terminantemente Prohibido	89
8. La Organización	106
9. El incidente	120
10. Cosas de mujeres	133
11. La historia de Aranda	166
12. El principio del fin	182
13. Enemigo interno	196
14. La noche de los muertos vivientes	210
15. El legado de Miguel	233
16. Las alimañas	241
17. Hacia arriba	267
18. El despertar	279
19. Secuelas	293
20. Giros del destino	311
21. La noche más larga	319
22. Lo que anda mal	329
23. Saltos desesperados.	339
24. Desbocados	354
25. Por culpa de Ripley	369
26. Viaje en la oscuridad	382
27. Súper Dozer.	391
28. Tarta de coco.	401
29. Una jugada inesperada	416
30. Perros de presa	425
31. El Instituto de Investigaciones Fotoatómicas.	440

32. La elección de Murokai	453
33. La montaña rusa	464
34. Alba <i>ad aeternum</i>	485
35. El hombre y el chaval (II)	492
36. El nombre de lo nuevo	507
Epílogo	535

1. EL NUEVO MUNDO

La garrafa dio para llenar medio vaso, y luego se acabó.

Oscar esperó a que cayeran las últimas gotas. Miró cómo chocaban con el agua produciendo pequeños círculos concéntricos, y luego arrugó la nariz.

—No hay más —dijo, lúgubre.

—No puede ser —exclamó Regina, visiblemente nerviosa. Cuando perdía la compostura, su boca pequeña se doblaba hacia un lado dándole un aspecto lastimero—. Contamos bien, ¿no? Tenía que habernos durado por lo menos una semana más.

—Bueno —murmuró Oscar—, creo que hemos estado repartiendo bien, así que... —Se rascó la cabeza con una mano, confuso. Sabía lo que significaba, pero no se atrevía a decirlo en voz alta. Regina puso voz a lo que estaba pensando.

—Así que alguien ha estado bebiendo a escondidas —dijo.

Oscar negó con la cabeza.

—No... No quiero ni pensarlo.

—¡Pues es así! —protestó Regina—. ¡Tenemos que hacer una reunión y tratar el tema, descubrir quién nos ha hecho esta putada, Oscar!

—En realidad da lo mismo, Regi. Lo cierto es que... todo da lo mismo.

—¿Cómo va a dar lo mismo?

—Tenemos tres vasos de agua y somos cinco. No queda ni una sola gota en ninguna otra parte, y hemos cogido todo lo que podemos coger de los alrededores. Para conseguir más, tendríamos que ir más lejos, y no se me ocurre cómo podemos hacerlo. De hecho, no creo que... No creo que podamos.

Regi empezó a recorrer la habitación a grandes pasos. Cuando andaba así, el pantalón se le iba deslizando suavemente hacia abajo a pesar de que le hizo tantos agujeros al cinturón como le había sido posible. Ya no daba más de sí, sin embargo. Había perdido tanto peso que toda la ropa le quedaba demasiado holgada. Como a todos.

—Entonces... entonces con más motivo —dijo. Y sin que pudiera evitarlo, rompió a llorar.

Oscar la miró, sintiéndose impotente. Pero no pudo soportarlo mucho tiempo y desvió la mirada, incómodo. Oh, ver llorar a un compañero siempre era duro, pero ese caso era especial. Ella era Regi. Era *su* Regi, para ser exactos, y la amaba en secreto desde casi la primera vez que la vio, hacía ya muchos meses. Odiaba verla triste, pero cuando caía en ese estado de desánimo era algo que lo desgarraba por dentro. Se dijo que, de ser necesario, iría hasta el fin del mundo a por agua si eso la hacía sonreír otra vez.

—Regi... —dijo al fin al descubrir que las lágrimas no remitían.

Se sentía terriblemente incómodo. Todo su cuerpo le decía que la abrazara, que le diera un poco de comprensión, de apoyo, de calor humano; pero la amaba demasiado como para atreverse a acercarse tanto. Tan sólo pensarlo le producía una suerte de terror insuperable que le clavaba los pies al suelo. Así que se quedó en su sitio, mirando sin ver los tres vasos de agua (dos y medio, en realidad) y rogando para que el momento pasara tan rápidamente como fuera posible.

—Estoy... estoy bien —dijo ella entonces, apresurándose a apartar las lágrimas de la cara. La humedad había mojado los bucles de su cabello—. Vámonos. Tenemos que decírselo a los demás.

—¿Hoy? —susurró Oscar.

—Hoy. Ahora.

—De acuerdo —accedió.

La noticia no fue bien recibida entre el resto del grupo. Jari, que era pequeña y por lo general reservada, explotó de repente poniéndose en pie con las mejillas enrojecidas y una expresión iracunda en la cara. Lo hizo con tanta vehemencia que el rudimentario y maltrecho sofá en el que estaba sentada se desplazó ligeramente hacia atrás.

—¿Quién lo ha hecho? —preguntó airada—. ¿Quién coño se ha estado bebiendo el agua?

Nadie respondió.

—¡Estoy muerta de sed! Tengo... ¡tengo la boca seca! ¡Tengo tanta sed que me cuesta hablar, y uno de vosotros ha estado lavándose el culo con el agua sin pensar en los demás!

—Un momento —dijo Tomé—. ¿Cómo sabemos que ha sido lo que ha ocurrido, en realidad?

—¡Bueno, lo ha dicho Regi! —protestó Jari.

—Un momentito de calma. —Habló despacio, arrastrando mucho las palabras. Había levantado las manos velludas y encallecidas pidiendo paciencia—.

Llevamos compartiendo este lugar durante meses y nunca hemos tenido problemas de este tipo. ¿Qué os hace pensar que eso ha cambiado? Yo también tengo sed, ¿vale?, pero nunca se me habría ocurrido beber más agua de la que me corresponde. Por una sencilla razón. Porque os quiero, tíos... Habría dado mi agua a cualquiera de vosotros si me la hubiera pedido.

Oscar se adelantó un par de pasos para pasar su brazo por encima de los hombros de Tomé.

—Lo sé, tío.

—Bien —continuó diciendo—. De la misma manera me cuesta pensar que alguno de vosotros puede haber estado dando lingotazos a las garrafas cuando nadie miraba. No puedo creerlo. No quiero creerlo. Tiene que haber otra explicación.

—¿Como cuál? —preguntó Regi. Se había cruzado de brazos y miraba ceñuda a unos y a otros.

—No lo sé. A lo mejor la garrafa pierde. A lo mejor dejamos el tapón mal cerrado y se ha ido evaporando. A lo mejor el plástico de estas garrafas es diferente al de las otras. ¿Se os ha ocurrido pensarlo?

—Eso... es difícil de creer —susurró Oscar—, pero... pero prefiero pensar que ha sido eso. La alternativa es...

Alex, que había estado callado todo ese tiempo, se puso en pie para hablar, como hacía siempre.

—Hagamos una cosa. No tiene sentido que nos enfademos los unos con los otros. A lo mejor Tomé tiene razón. Dejémoslo ahí. Incluso si uno de nosotros ha estado bebiendo más agua de la que le corresponde, puede haber sido un...

—Un momento de debilidad —terminó la frase Tomé.

—Eso —convino Alex—. Un... una reacción a una necesidad específica del cuerpo.

—Las mujeres tienen más necesidad de beber agua cuando tienen el período —apuntó Oscar. Regina cruzó con él una mirada furtiva.

—¿Qué cojones insinúas? —preguntó Jari.

—¡No! —balbuceó Oscar—. No quiero decir que haya... En fin, no es lo que...

—Hey, vale —se apresuró a intervenir Tomé—. En serio, vamos a relajarnos. Dejemos eso ahí, ¿vale? Da lo mismo. Lo que importa es que solamente tenemos tres vasos de agua...

—Dos y medio —apuntó Regina, enfurruñada.

—¡Dos y medio! —exclamó Tomé—. Vale. Dos vasos y medio de agua. Creo que deberíamos concentrarnos en el otro problema; el problema real.

Todos se miraron mientras un inesperado silencio se apoderaba del grupo. Sabían perfectamente cuál era el problema real, desde luego; lo habían discutido en tantas ocasiones que, a menudo, terminaban repitiendo la misma conversación con pequeños matices una y otra vez, atrapados de manera más o menos consciente en un bucle enfermizo. Era, naturalmente, un problema de difícil solución, así que lo único que conseguían era sacarlo, ponerlo sobre la mesa como una baraja de cartas y repartir las manos. Luego barajaban los naipes y los volvían a guardar sin que nadie hubiese disfrutado del juego.

Porque no había ningún juego.

—Bueno, ya sabíamos que esto llegaría —dijo Alex de repente.

El problema real, naturalmente, eran los muertos.

Los rodeaban, y nunca, bajo ninguna circunstancia, hiciese frío o calor, de día o de noche, los dejaban solos. Sabían que estaban dentro, y se dedicaban a aporrear las puertas dando palmetazos que con el tiempo se volvieron frenéticamente regulares. Ese ruido decadente, espantoso, insufrible, se había convertido en el ritmo de sus vidas: se acostaban con él, los conducían al país de los sueños y era también el primer sonido que oían por la mañana cuando abrían los ojos. TAP. TAP. TAP. TAPTAP.

Durante un tiempo esperaron, atados a una loca esperanza, que se olvidasen de ellos. Luego esperaron que alguien los rescatase, y ese pensamiento los animó y los motivó durante un tiempo al menos, hasta que comprendieron que el mundo alrededor estaba tan muerto como los seres incomprensibles que los acechaban.

Una vez trataron de quitárselos de encima. Tenían cerillas y tenían aceite, así que pusieron en marcha una alocada táctica sacada de las películas de asedios medievales. Los bañaron en aceite usando las ventanas de los pisos superiores y se las arreglaron para pegarles fuego. La cosa pareció funcionar al principio. Las llamas se apoderaban de los muertos como si estuvieran hechos de paja, y aullaban con un sonido grave y ululante que a Tomé le recordó el sonido gutural y terrible de la escena final de la película *La invasión de los ultracuerpos*, cuando Donald Sutherland compone una expresión sobrecogedora y señala amenazadoramente con un dedo. Pero no caían. Los muertos no caían. Seguían allí, dando vueltas y chocando unos con otros, y lo que era peor, chocaban con las paredes del edificio donde estaban guarecidos.

El resultado fue tan inesperado como espantoso. El fuego empezó a lamer las paredes y a generar poderosas llamas que empezaron a trepar por los tabiques de madera. Cuando comprendieron el problema, el pánico

co y el caos fue absoluto. Tuvieron que salir fuera y enfrentarse con los muertos; al menos los hombres lo hicieron: ni Jari ni Regi eran capaces de afrontar esas situaciones y se limitaban a quedarse dentro, jadeando pesadamente mientras el corazón les daba brincos en el pecho. Era superior a ellas. Alex, Tomé y Oscar se apañaron decentemente, golpeándolos con palos y protegiendo sus brazos con una manta enrollada y sujeta con una cuerda para evitar ser mordidos o arañados. Eso, como sabían muy bien, era esencial.

Lo peor fue el hecho de tener que sacrificar una nada desdeñable cantidad de agua. Fueron momentos tensos, y la cosa no acabó en desgracia porque el fuego cegaba a los zombis y derretía sus ojos blancos como si fueran mantequilla. Además de eso, las llamas parecían llamarles poderosamente la atención, y eso apartaba su atención de ellos. En cualquier otra circunstancia, probablemente no lo habrían logrado.

Para cuando la situación se normalizó otra vez, sin embargo, descubrieron con horror y un profundo desánimo que el resultado era muy distinto del esperado. El fuego, la luz y los gritos habían atraído a un número aún mayor de muertos, muertos violentos que gritaban y aullaban y aporreaban la puerta con una furia desmedida, intentando entrar. Tuvieron que retirarse al interior y quedarse tan quietos como pudieron durante días hasta que todo volvió a la calma de siempre, y durante ese tiempo la convivencia fue desagradable, porque el miedo había anidado en sus ánimos y casi nadie decía nada.

—¿Cómo lo haremos? —preguntó Tomé al fin.

Regi pareció querer decir algo, pero en el último momento cambió de opinión, negó con la cabeza, se acercó a Jari y la abrazó. La pequeñísima Jari recibió el abrazo y lo correspondió cariñosamente. Oscar espió la escena, los ojos de ambas estaban cerrados, las mejillas juntas, y se encontró superado por sentimientos contradictorios. Por un lado le gustaba ver que su Regi recibía el cariño que necesitaba, pero por otro... Por otro no podía evitar pensar que le hubiera gustado ser él quien recibiese el abrazo. Oh, si lo hubiese elegido a él, la habría recibido junto a su pecho y la habría consolado hasta la llegada de la noche, y en esa unión especial, mágica, tan deseada, el hecho de no tener agua habría sido una simple anécdota. Se habría diluío en los márgenes de su realidad más inmediata, que era, simple y llanamente, la proximidad a su amor secreto. Se habría quedado así hasta que ambos hubieran caído al suelo, exhaustos de pura inanición.

Pero no dijo nada.

—Hace un tiempo pensé en un plan —manifestó Alex de pronto, hablan-

do despacio y con un tono sereno. Sacó unos pliegos de papel del bolsillo y los extendió sobre la mesa. En ellos había unos diagramas, burdos y elementales, sí, pero primorosamente dibujados. Las líneas habían sido pintadas y repintadas y había añadidos puntos y trazos por todas partes, marcando diferentes zonas. Se notaba enseguida que había dedicado tiempo a hacer aquellos dibujos, pero eso no extrañó a nadie. Si algo había en sus vidas desde que los muertos ocuparon las calles, era tiempo. Cantidades imposibles de tiempo.

—¿Qué es? —preguntó Tomé, interesado.

—Bueno, esto de aquí es este edificio, donde nosotros estamos. Aquí es donde nos hallamos ahora. Esto —dijo, señalando con el dedo una franja en el centro— es la carretera. Aquí están las dos tiendas de las que nos hemos estado suministrando hasta ahora.

—Agotadas —apuntó Oscar.

—Sí. Pero al final de la calle está el Supercor.

—Ya hemos hablado del Supercor —replicó Oscar—. Mil veces. Dos mil millones de veces.

—Sí, pero...

—Está demasiado lejos y las puertas están cerradas con una verja de seguridad. Nos llevaría un tiempo precioso abrirlas, aunque supiéramos con qué. Un tiempo que no tenemos.

—Lo sé, pero...

—Se nos echarán encima y...

Regi se soltó del abrazo de Jari, súbitamente furiosa.

—¿Quieres dejarlo explicarse, Oscar? —bramó.

Oscar pestañeó mientras una intensa oleada de calor crecía en su interior. De pronto se sintió estúpido. Estúpido y abrumado por haber atraído la cólera de su Regi. Intentó balbucear un «lo siento», pero no pudo; estaba demasiado avergonzado. Agachó la cabeza y se quedó quieto.

—Vale, tranquilos —intervino Alex—. He estado pensando mucho en cómo podríamos llegar hasta allí. Mucho. Está claro que no hay una manera segura de hacerlo, no hay un plan mágico que nos lleve hasta allí, sin riesgos, y nos permita abrir la verja. Además, ni siquiera sabemos qué tipo de cierre tiene. Tenemos algunas herramientas: un cortafríos, me parece. Alicates, martillos, tenazas, palancas... pero no sé si algo de eso nos ayudará, ni cuánto tiempo necesitaremos en caso de que se pueda.

—No lo pones muy... guay —opinó Tomé.

—No lo es. Eso tenemos que tenerlo claro, ¿vale?

Asintieron. Las chicas se habían acercado al dibujo y lo miraban con te-

mor, respeto y fascinación, como si estuvieran ante un pergamino ignoto y ancestral que encerrara los secretos del universo.

–Sigue –lo apremió Tomé–. ¿Qué propones?

–La única forma de llegar hasta allí sin que nos persigan los zombis es hacer que no haya zombis –dijo entonces–. Simple y llanamente.

–Vale –rió Tomé–. Continúa.

–Haremos una maniobra de distracción –sugirió entonces con un brillo especial en los ojos–. Provocaremos mucho ruido, incluso es posible que podamos incendiar algo como aquella vez, ¿os acordáis?

–¡No quiero ni oír hablar de eso! –se apresuró a decir Regi.

–No lo haremos aquí, en la puerta. Lo haremos en la parte de atrás, desde las ventanas. El viento ha llevado un montón de porquería hasta allí: papeles, ropa... cosas. Está lleno de mierda. Podemos lanzar algo ardiendo y provocar un follón de mil demonios.

–Eso... es peligroso –apuntó Tomé.

–Lo sé –exclamó Alex–. Pero es menos peligroso que no hacer nada. Quedarnos aquí, sin agua, es invitar a la muerte a llamar a la puerta, ¿no?

Jari dio un respingo poniéndose una mano en el pecho.

–Coño –exclamó–. Escribe un libro, si quieres, y llénalo de frases así, pero no ayuda mucho escucharlas, ¿sabes?

Alex asintió despacio.

–Ya. Lo siento. Pero es la verdad. Sin agua no duraremos mucho y lo sabemos. Eso está fuera de toda cuestión. Necesitamos traer agua. O algo mejor. Podemos mudarnos. Podemos irnos al Supercor y ver qué tal nos va allí. Estoy seguro de que tienen un montón de agua, refrescos, zumos, latas, productos no perecederos... Muchas de las cosas se habrán podrido y tendremos que pasar un tiempo limpiando toda la mierda. Carne putrefacta en los congeladores que hace mil años que no congelan, y esas cosas. Pero...

–Tienes razón –asintió Tomé–. Esa idea me gusta.

–Podemos hacer un montón de ruido ahí atrás –continuó diciendo Alex–. Podemos llevarnos a casi todo el mundo. Cuando lo hayamos hecho, será fácil burlar a los zombis que queden. Como la otra vez. Nos ponemos mantas enrolladas en los brazos, incluso podemos prepararnos un poco mejor y protegernos los cuerpos, o las piernas.

–No estaba pensando en... salir de aquí –comentó Regi. Había una profunda y remarcada sombra de miedo en su mirada. Su pelo, sucio en exceso, se apelmazaba contra su cabeza como las algas de una playa virgen.

–No tenemos otra opción –dijo Alex.

–¿No podemos traer agua hasta aquí? –preguntó ella en un tono casi suplicante.

–Quizá podríamos –aventuró Alex–. Quizá. Pero no creo que tengamos tiempo. Incluso si nos llevamos a todos los zombis a la parte de atrás, estoy razonablemente seguro de que quedarán algunos. Algunos no se irán a ninguna parte; siempre es así. Les falla ese sentido de alarma que exhiben los otros. Se quedarán ahí, en la calle. Y cuando nos vean, gritarán como viejas histéricas. Lo sabéis.

Todos asintieron despacio.

–Y cuando lo hagan, el fuego ya no será algo que interese al resto. Vendrán corriendo a ver qué pasa. Ya sabéis cómo son esos jodidos hijos de puta.

–Me gustaría poder ponerles un bozal –gruñó Tomé.

–Eso sería bueno –rió Alex.

–Es demasiado peligroso –opinó Oscar por primera vez desde que Regi le gritó.

Había estado pensando en ello, y de alguna manera difusa y onírica podía ver el plan funcionar, sí... pero hasta cierto punto. Podía imaginarse a los tres corriendo por la calle, e incluso podía verse derribando a un par de zombis con ayuda de los palos y hierros, pero no creía que pudieran arrastrar a las chicas con ellos. Regi se colapsaría, se vendría abajo, incapaz de dar un solo paso, con los ojos abiertos de par en par y la respiración agitada, como clavada en el suelo. Y en cuanto a Jari... ¿quién podía saberlo? A veces, eso era cierto, sacaba fuerzas de flaqueza, pero sacar carácter en mitad de una conversación era una cosa, y enfrentarse a los muertos otra muy distinta.

Era demasiado peligroso.

–No digo que no –reconoció Alex–, pero... ¿qué alternativas tenemos?

Ninguno tenía una respuesta para eso.

Pasaron el resto del día discutiendo los pormenores del plan. Para cuando llegó la noche y se hizo imposible continuar por la falta de luz, habían hablado tanto y tan animadamente que todos se encontraban sedientos y exhaustos. La alimentación no había sido muy buena desde hacía semanas (¿un mes ya, un poco más?) así que decidieron apurar la poca agua que les quedaba.

–Nos la bebemos, de acuerdo –asintió Tomé–. Pero esto pone en marcha una cuenta atrás. No podemos esperar en ejecutar el plan. Tenemos que hacerlo mañana. Una persona sin agua se consume rápidamente. No quiero que, en mitad de la carrera, alguien se desmaye por una lipotimia. La falta de líquido hace eso. Crees que estás bien y, de repente, te encuen-

tras en el suelo con la visión nublada imaginando que estás en una puta playa del Caribe con un daiquiri en la mano.

–Joder, ¡yo me apunto a eso! –rió Jari.

Regi no sonreía.

–Nos la bebemos, pero de verdad..., si uno de vosotros ha estado bebiéndose el agua, me gustaría que lo dijera. No me enfadaré. Pero creo que sería justo que esa persona no bebiese ahora.

Nadie dijo nada. Oscar pensó que no le importaría en absoluto darle su parte de agua a ella; ¡oh, se la cedería feliz si con ello conseguía, al menos, una pequeña sonrisa! Pero no quería que ella lo interpretase como un signo de culpabilidad, así que se calló, y todos bebieron su parte.

A la mañana siguiente, tan pronto como la luz del sol empezó a iluminar otra vez el interior del edificio a través de las ventanas, empezaron a despertar. Oscar fue el primero. Había tenido un sueño intranquilo pensando en lo que pasaría si su amada recibiese el más mínimo rasguño. La idea lo volvía del revés, lo sublevaba y le provocaba una angustia vital difícil de explicar. Ni siquiera tenía miedo de los muertos o de su propia seguridad; no le importaba lo que le ocurriese en absoluto. Se dijo que permanecería a su lado y que la llevaría en brazos si la veía flaquear. Se dijo, de hecho, que la llevaría por toda la jodida Tierra Condenada (como la llamaba ella) si fuese necesario.

Pero cuando salió al salón principal, se encontró mirando el sofá con la cabeza inclinada. Allí estaba Jari, tapada con un puñado de viejas mantas.

No comprendió la escena. Las mujeres siempre dormían juntas en una habitación. Siempre. No recordaba ningún día, en todo aquel tiempo, en el que una de ellas hubiera pasado la noche en el sofá.

Ni uno.

Carraspeó, incómodo. Una creciente inquietud, fea y oscura como una mancha de brea en una pared blanca, se estaba apoderando de él por momentos. Pensamientos acelerados cruzaron por su mente como un enjambre de cuervos que graznaban y soltaban plumas negras. Las plumas flotaron ingravidas impregnando de desazón su mente consciente.

Jari abrió los ojos y lo miró a través de las brumas del sueño.

–Hey –dijo.

–¿Jari? –balbuceó.

–Buenos días, Oscar –dijo ella.

–¿Qué... qué haces aquí? –preguntó con la boca seca. Percibió esa sequedad espantosa y se dijo que la falta de agua no tenía mucho que ver.

–Oh –dijo ella riendo–. Bueno. Cosas que pasan.

–¿Qué... qué quieres decir? –preguntó, caminando por la habitación mientras intentaba fingir que no estaba demasiado interesado. Sin embargo, sospechaba la respuesta, la *intuía*, fea y terrible como una telaraña que no lo dejaba respirar, y el corazón le latía desbocado en el pecho como si lloriquease.

–Nada, Oscar –respondió ella incorporándose con una sonrisa en la boca. Se restregaba los ojos adormilados mientras sonreía–. Pasa que... bueno, la vida. La vida sigue, Oscar. Y eso es bueno.

La vida sigue.

La sentencia lo golpeó como un mazazo.

¿Dónde? ¿Dónde está...?

Buscó en su mente una respuesta y apareció por sí sola, clara y brillante como la primera estrella de la noche.

¿Dónde está... Alex?

Sintió un pequeño desmayo y tuvo que apoyar la mano contra la pared más próxima para no caerse al suelo.

–Sí. Claro –consiguió decir, esforzándose por parecer normal.

Ella está con él, pensó. *Han pasado la noche juntos*. Lo *sabía*, lo sabía tan positivamente como que el sol sale por el este. Los había visto intercambiar miradas en ocasiones, pero no quiso prestar atención; al fin y al cabo, en un espacio tan pequeño, era inevitable no intercambiar miradas todo el tiempo. Pero había notado cómo ella se reía de sus chistes, incluso de los más triviales. Había notado cómo buscaba sentarse a su lado a la primera oportunidad, y cómo él se interesaba *tanto* por todo lo que ella contaba. ¡Oh, qué estúpido había sido!

Están juntos. Han estado...

Intentó desechar la palabra de su mente. Borrarla. Pero la palabra corrió y ocupó todo su pensamiento, enorme y obscena, haciendo imposible pensar en ninguna otra cosa.

Follando. Han estado... follando.

Los ojos se le anegaron en lágrimas mientras apretaba los dientes para evitar un temblequeo descontrolado.

–Bueno, Oscar, tenía que pasar. Ella tenía muchas ganas. Me lo había estado diciendo desde hacía mucho tiempo.

Él asintió.

Muchas ganas. Desde hacía mucho tiempo.

–Creo que la perspectiva de lo que tenemos que hacer hoy la animó. Yo le dije que no se cortara. Así... bueno, pase lo que pase hoy, eso que se llevará. ¿No?

Oscar la miró. Intentaba sonreír, pero su mirada era fría y terrible. Intentó componer una sonrisa, pero ésta se perdió en la rudeza de su expresión. Jari pestañeó y ladeó la cabeza, intentando averiguar qué pensaba.

—¿Estás... bien? —preguntó al fin.

—Sí —dijo.

Pero no estaba bien. Estaba a tomar por culo de estar bien.

De repente odió a Jari. Odió su estúpido pelo negro y sus ojos oscuros, su cuerpo menudo, su naturalidad ante esa situación, su media sonrisa, su jersey viejísimo y sucio, varias tallas demasiado grande. Odió el hecho de que la hubiese animado a

follar

a pasar la noche con Alex. Y odió a Alex, por descontado. Y odió también a Regi, y luego se odió a sí mismo por haber sido tan imbécil y haberla amado tanto, y en secreto, durante tantísimo tiempo, esperando, anhelando un simple abrazo.

Y luego se quedó quieto, vacío, muerto. Casi tan muerto, estéril y gris como los cadáveres que deambulaban por la calle.

La puerta del dormitorio de las chicas se abrió, desplegando un pequeño caudal de risas veladas. Oscar dio un respingo. Era ella. Era ella riendo, naturalmente. Se volvió a tiempo para ver cómo salía del cuarto vestida únicamente con una camisa azul (la camisa de él). Estaba mirando al interior, a la oscuridad, donde él debía de estar diciéndole cosas desde la cama, con la polla roja de la fricción y una costra de semen adherida al vientre, y la piel tibia e impregnada del olor de Regi.

Oscar rechinó los dientes y apretó los puños.

—Hola —lo saludó ella con una sonrisa tímida.

Jari soltó una carcajada.

—¿Qué tal? —preguntó.

—Muy bien —respondió ella riendo.

Oscar se quedó quieto, sintiéndose invisible e ignorado. Ni siquiera le había dedicado un segundo de atención. Observó cómo Regi (su Regi) se dirigía hacia Jari y la abrazaba. Ésta la recibió deslizándose una mano por su espalda, frotando su piel cálida a través de la camisa.

La camisa de él.

—¿Lo habéis pasado bien? —preguntó Jari.

Y ella, su Regi, se rió encogiéndose sus hombros pequeños sin decir nada. Su sonrisa lo decía todo. Decía: «Lo hemos pasado de fábula. Hemos follado, y follado, y follado, y ha sido espectacular. Y su semen me chorrea por la entrepierna y me produce cosquillas». Y a pesar de esa tortura psicológica

autoimpuesta, aquel movimiento sutil de hombros de ella le pareció tan hermoso y sexy que se sintió transportado a un océano bipolar donde la ternura, el amor y el odio pugnaban por la hegemonía.

Y entonces no pudo más y se fue, dando grandes zancadas, hacia el dormitorio de los hombres. Y ya no salió de allí hasta que llegó el momento de prepararse para lo que tenían que hacer.

Para la una y cuarto del mediodía, todos estaban listos.

Se habían preparado a conciencia, usando todo lo que estaba a su alcance para protegerse. Al fin y al cabo, podían «tirar la casa por la ventana», como dijo Tomé, porque ya no volverían por allí.

Oscar, a pesar de las brumas terribles de su estado de ánimo, a caballo entre la tristeza, la indiferencia y el odio más visceral, pensaba en el *oh-tan-maravilloso* plan de Alex. Su perspectiva era otra. Había lagunas, lagunas tan grandes que podían pasar por océanos, pero no dijo nada. En realidad le importaba una mierda que se fuera todo a tomar por culo. De hecho, prefería que fuese así. Si no podía estar con su Regi, tanto le daba que los muertos les arrancasen a todos las vísceras de sus cuerpos.

Una de esas lagunas era la puerta, por supuesto. Si rompían la verja y la dejaban inutilizada, ¿qué usarían después para impedir que los muertos entrasen? Detrás de la reja metálica sólo había dos enormes puertas de cristal. La otra laguna era la luz. El local no tenía ni una sola ventana. ¿Cómo pensaban vivir allí dentro? Cosas como las linternas o las velas eran un bien demasiado escaso y preciado como para malgastarlos a diario, eso sin tener en consideración que la luz diurna, la luz natural, tenía un efecto necesario y esencial en su estado de ánimo. No podrían conseguirlo si se obligaban a vivir entre tinieblas, acunados únicamente por el eterno llanto de los muertos en el exterior.

—¿Estamos todos listos? —preguntó Alex.

Tomé se miró y luego se comparó con el resto. Se habían enfundado en varias capas de ropa y habían enrollado mantas gruesas alrededor de su cuerpo, asegurándolas con cuerdas. Jari se había colocado un casco de motorista en la cabeza (el único que tenían) y Regi se había quedado con unos gruesos guantes para las manos. Le temblaban las piernas, y aún peor, se pegaba a Alex buscando seguridad, y ese hecho despertaba en Oscar un sentimiento de repugnancia tan fuerte que casi podía olerse a distancia.

—Creo que nunca estaremos lo suficientemente listos —dijo Alex levantando su barra de hierro con la diestra—, pero... hagámoslo.

–Quizá teníamos que habernos vestido luego –opinó Tomé–. Toda esta mierda da un calor espantoso.

–Luego no tendremos tiempo –replicó Alex, y era cierto: habían invertido casi cuarenta minutos en equiparse y vestirse usando cinta de carrocero, cuerdas y todo lo que habían podido utilizar para asegurar la ropa a sus cuerpos–. Es mejor estar preparados para salir en cuanto veamos la oportunidad.

–Pues hagámoslo –dijo Tomé.

La parte de atrás era, como había dicho Alex, un auténtico vertedero. La configuración de las calles y los edificios favorecía que el viento hubiese arrastrado toda la inmundicia de las calles de alrededor hacia esa zona, acumulando una auténtica montaña de desperdicios contra la pared del aparcamiento. Había periódicos, papeles, ropa y un sinfín de basura altamente inflamable. Afortunadamente para ellos, esa basura se distribuía irregularmente contra la pared más alejada del edificio, y no contra el edificio en sí.

–Esa porquería arderá bien –afirmó Tomé.

Habían preparado cerillas y una bola de ropa y papel, bien apretada, como conductor del fuego: sólo tenían que prenderle fuego y arrojarla al extremo opuesto. El peso delartilugio lo llevaría, sin incidentes, a través de la calle hacia la basura.

El plan funcionó bien. La bola en llamas describió una órbita elíptica y cayó al suelo sin apagarse. Rodó unos segundos sobre sí misma y se quedó inmóvil junto a unas bolsas de plástico. Todos miraron expectantes cómo las llamas cobraban fuerza y se propagaban, y cuando eso ocurrió, lo celebraron con gritos y aullidos de triunfo. Al fin y al cabo, si eso hubiera fallado, todo el plan podría haber terminado prematuramente.

En mitad de la celebración, sin embargo, Regi estampó un beso en los labios de Alex. Fue un acto involuntario e instintivo y nadie pareció reparar en él, excepto Oscar, por supuesto. Algo apartado del resto, taciturno, inmóvil y parcialmente oculto por las sombras, se limitó a sonreír con la frialdad del filo de un cuchillo.

Después, continuaron con el plan. Éste era, básicamente, seguir llamando la atención de los muertos, así que gritaron, chillaron y vociferaron hasta desgañitarse. Jari estaba desbocada; dejaba escapar toda su natural gracia andaluza soltando mofas y expresiones locales como si estuviera disfrutando de una noche de borrachera. En realidad, resultó extrañamente

liberador poder asomarse a la ventana y entregarse al más básico acto de libertad que un ser humano puede concederse: el uso de su voz para difundir su estado de ánimo. Los muertos respondieron casi en el acto, sobre todo cuando el humo empezó a elevarse hacia el cielo, negro, impenetrable y acusador.

—¡Jesús! —exclamó Alex al cabo de un momento. Su tono de voz había cambiado. Señalaba a través de la ventana con los ojos muy abiertos.

Por allí venían, trotando desmañadamente por la calle. Aunque era lo que esperaban, no pudieron impedir sentir cierta desazón ante la visión espeluznante de aquella horda que corría, imparable, hacia ellos. Se quedaron mudos, sintiendo que la inquietud crecía en su interior hasta convertirse en *miedo*, ese tipo de miedo que se apodera de las entrañas y se experimenta como una parálisis vital y asfixiante, una garra invisible y cálida en exceso que te aprieta y te deja sin respiración. Eran... demasiados. Y demasiado terribles, terroríficos en su conjunto. Trotaban, golpeándose los unos contra los otros, buscando con los ojos muertos y las bocas ansiosas, volviéndose quizá con la intención de identificar la fuente del sonido.

Fue Oscar, por cierto, quien se abalanzó entonces hacia la ventana para gritar a pleno pulmón:

—¡AQUI, HIJOS DE PUTA! ¡VENID AQUÍ, PEDAZOS DE MIERDA! ¡ESTAMOS AQUÍ MISMO!

—Ya... —balbuceó Alex— Ya está, tío.

—¡HIJOS DE PUTA!

—Oscar, tío... ya hay suficientes —suplicó Alex esta vez.

Oscar soltó una carcajada tan desproporcionada que el resto percibió como desagradable.

—Oscar... —susurró Regi con un hilo de voz.

Oscar la miró brevemente.

—¿Qué pasa? —preguntó desafiante. Ella pestañeó, confundida.

Abajo, en el aparcamiento, los muertos llegaban al pie de la ventana. Como la otra vez, quedó perfectamente claro que eran incapaces de identificar el fuego como fuente de peligro. Se acercaban, simplemente, como si allí no hubiera nada, y el fuego prendía las perneras de sus pantalones y trepaba por sus piernas, voraz y abrasador.

Ni Regi ni Jari pudieron seguir mirando un segundo más.

—Creo que ya tenemos lo que queríamos —dijo Tomé.

—Sí. Es suficiente —asintió Alex mirando a Oscar de reojo.

Su amigo tenía una expresión diferente, extraña, pero lo achacó a la excitación y la tensión del momento, y no añadió nada más.

Fueron abajo.

La puerta de salida era una puerta metálica, tan sólida como se podía desear, que se abría deslizándose sobre un riel en el suelo, paralela a la pared. Pero hacía bastante tiempo que no la abrían, y la lluvia había oxidado los goznes exteriores. No era nada preocupante, desde luego, pero comprobaron con horror que al empujarla producía un sonido estridente y metálico, varios tonos por encima del nivel de ruido que habían esperado.

Fue Tomé quien tomó la decisión de empujarla de una tirada para que el sonido no se prolongara demasiado en el tiempo.

De inmediato, la luz y el aire frío de la calle inundaron la estancia. Frío, pero en absoluto fresco. Siempre olía mal. Siempre. Desde que los muertos habían hecho suyas las calles, una pestilencia inmundada lo impregnaba todo, y ese tufo omnipresente y rancio penetró con presteza en la estancia, cambiando el aire del encierro y las miserias humanas por el tufo desagradable de la muerte.

Nadie reparó en ello, sin embargo. Estaban demasiado ocupados identificando lo que los esperaba fuera.

—Dios... —susurró Alex.

Fuera había zombis, al menos dos. Se daban la vuelta en ese momento para mirarlos, atraídos, con toda probabilidad, por el chirrido de la puerta. Regi, aunque se había mentalizado y creía estar preparada para lo que los esperaba, no pudo evitar soltar un grito.

Los muertos la saludaron abriendo sus bocas atroces.

—¡Cierra la puerta! —exclamó Jari de pronto, fuera de sí—. ¡Por Dios, CIERRA LA PUERTA!

—¿Qué? —preguntó Alex, confuso.

—¡No! —gritó Oscar—. ¡Vamos, vamos, vamos!

Salió a la carrera. Ni siquiera se entretuvo en mirar alrededor; estaba cegado por la adrenalina, el odio y la locura. Blandía su arma con ambas manos (la varilla metálica de una sombrilla de playa terminada en punta) y no dudó en dirigirla hacia la cara de uno de los zombis cuando llegó hasta él. La punta no se clavó, no obstante; el envite no tenía inercia ni Oscar fuerza en los brazos, pero consiguió que el espectro perdiera apoyo y cayera torpemente hacia atrás, golpeando la cabeza contra el suelo. El cráneo desgranó un sonido enervante. CHUC. Después de eso, Oscar ni siquiera pudo detenerse a tiempo. Con un grito estridente, se descubrió a sí mismo pisando al zombi mientras intentaba apartarse y controlar la velocidad.

Tomé salió corriendo detrás de él.

—Mierda —exclamó Alex.

No tuvo tiempo de pensar si aquello era una buena o una mala idea. Podían haber cerrado la puerta otra vez, pero ese momento había pasado para siempre. De alguna forma, el plan había echado a rodar antes de que tuvieran tiempo de arrepentirse y ahora sólo se podía hacer una cosa: seguirlo.

Apretó los dientes y salió también a la calle.

Mientras tanto, Tomé había llegado hasta el segundo zombi y le asestó un fuerte golpe en el cuello con su grueso palo de madera. El impacto hizo que el muerto girara la cabeza de una manera tan brusca como extraña. Fue tan rápido que Tomé tuvo la impresión de que en el movimiento faltaban fotogramas, como una película en mal estado. El muerto se quedó parado, sin reaccionar, mirando con una expresión confundida. Tomé conocía demasiado bien esa expresión: a los muertos les costaba *reactivarse* después de largos períodos de inactividad, pero sabía que tenía apenas unos pocos segundos antes de que comprendiera y se le echase encima, así que siguió golpeando, utilizando toda la fuerza que fue capaz de desarrollar, una y otra vez. La piel se contraía, se agrietaba y se abría revelando la carne muerta, pero sin que saliera ni una gota de sangre.

Alex miró la escena, azuzado por una súbita oleada de adrenalina. Oscar estaba ahora golpeando con una violencia brutal al primer zombi, que aún continuaba en el suelo. Sujetaba la varilla con ambas manos y descargaba golpe tras golpe contra su cabeza. La punta se abría paso a través de la carne, y la cabeza empezaba a desgajarse como un melón demasiado maduro.

—¡HIJO... DE... PUTA!

Era atroz, desde luego, pero el despliegue de violencia era tan desmedido y la carne se hundía y salía despedida de una manera tan espeluznante y aséptica que resultaba a la vez extrañamente hipnótico. En un momento dado, sin embargo, incapaz de soportar ya la visión por más tiempo, se volvió y miró alrededor.

Y se sintió desfallecer.

Había zombis, por descontado. Siempre había sabido que habría zombis, pero eran más de lo que esperaba, incluso en el escenario más pesimista. Trastabilló y, por un instante, se sintió súbitamente enfermo.

Algo tiró de su manga y Alex soltó un grito de sorpresa.

Era Tomé. Había derribado a su adversario que se retorció en el suelo como una araña infame y moribunda, con el cuello visiblemente roto.

—¡TENEMOS QUE MOVERNOS! —chilló.

Y tenían, sí. Los dos sabían muy bien que todos los segundos contaban en ese momento, que el tiempo corría en su contra y que tenían que moverse. Y rápido.